

Una reflexión sobre el oficio de maestro

Por Fernando Fernández Blanco, presidente de UCETAM

Nuestra profesión u oficio -a mí me gusta esta última palabra, oficio, huele a tiempo y humildad- siempre está en el centro de cualquier debate político y cultural sobre nuestro futuro como sociedad.

De magisterio, de enseñanza y educación, casi como de fútbol, todos saben y opinan, quizá porque inherente al ser humano es la tarea de heredar un saber y mejorarlo en el tiempo. Fruto de lo anterior a nuestra profesión u oficio le llueve y hasta le nieva una crítica y autocrítica diaria apabullante, como no sucede quizá en ninguna otra profesión. Quiero incidir en este día, sobre todo en esta última vertiente, la de la autocrítica.

Una virtud que, como todas, llevada al extremo, puede llegar a ser un defecto. Y lo digo ya de forma clara, los maestros somos, en general, excesivamente autocríticos con la profesión que desarrollamos. Pongo un ejemplo para que se entienda mejor: no conozco a ninguna profesión que en esta línea haya generado una autocrítica como la que se expone, y elijo casi un libro al azar, en *La escuela ha muerto*. No sé de ningún libro titulado, siguiendo el paralelismo: *La medicina ha muerto*, *El derecho es pasado* o *El final de la arquitectura*. Es decir, una autocrítica tan extrema que pueda rozar el suicidio gremial, que buscando el examen de conciencia y la mejora llegue casi al nihilismo profesional. Por eso mismo hoy, en esta reflexión sobre nuestro oficio, quisiera ejercer tal vez para variar de punto de vista de autocrítica elogiosa hacia nuestra profesión. Alguien podrá decir que paso de un extremo a otro ignorando el término medio de la virtud. Pudiera ser, es lo que suele ocurrir cuando se producen sensaciones de hartazgo e incompreensión. Surge entonces una contestación que no sabemos medir. Me arriesgaré a ello.

Esta reflexión elogiosa de nuestra profesión, en las antípodas de la autocrítica, se va a basar en ejemplos concretos de mi biografía como alumno. Pido de antemano disculpas por el fallo científico y el exhibicionismo que esto pueda representar, pero solo es una fórmula para que la reflexión llegue a ser más gráfica y, si lo queréis de otra forma, pueda llamar más vuestra atención.

Quiero elogiar a algunos profesores que acompañaron mi lejano discurrir en las aulas, que me enseñaron cosas importantes y profundas, que determinaron el que hoy esté aquí, ante vosotros, con una identidad que, buena o mala, al menos es propia y se basa en gran medida en las aportaciones que muchos de ellos me hicieron.

Agradezco a Antonio Sánchez Merino que me enseñase los fundamentos del orden y la limpieza. A día de hoy y como él, no puedo ver un papel tirado en el suelo ni un abrigo mal colgado.

Agradezco a Antonio Sánchez Cordobés que me hiciese ver la importancia de caminar erguido, derecho. Ese es el paso previo a decir con sinceridad aquello que pensamos.

Agradezco a don Alfredo Villalba esas formas caballerosas y elegantes que tenía cuando caminaba con otros profesores por el patio, yo siempre las he intentado imitar sin conseguirlo.

Agradezco a un cura que nos dio latín, disculpas por no recordar su nombre, el aprobado general que nos daba siempre a final de curso. Según él, era una pequeña compensación por el castigo que nos infligía a diario, el castigo de tenernos cinco horas sentados delante de un pupitre.

Agradezco a la señorita Lois, que fuese ella quien descubriese y resaltase mi buena memoria. Para mi madre, que en paz descansa, esa fue una de las grandes alegrías de su vida.

Agradezco al señor Miguélez, un gran jefe de estudios, que nos hiciese ver que la disciplina y la exigencia no están reñidas y son compatibles con la bondad y la amabilidad.

De la señorita Araceli que, entre presente continuo y genitivo sajón de sus clases de inglés, nos enseñase a valorar el cine de Bergman.

A Isabel Gutiérrez, que aguantase con tanto aplomo y paciencia mis pedanterías literarias.

A Luis, profesor de matemáticas, el poder de su palabra, el deslumbrante poder de sus imágenes que nos llevaban siempre más allá, a caminos sin retorno por encima de números y operaciones.

A la señorita Yanes, que me diese mi primera oportunidad de hablar en público.

A Lourdes Álvarez, la pasión que nos contagió con Freinet y hasta por Summerhill.

A Miguel Mora, que me hiciese ver que la mayor recompensa que puede obtener un profesor son las preguntas que puedan hacer sus alumnos después de hablar él.

A Miguel Ángel, profesor de educación física, que me ofreciera su casa, su brutal sinceridad y sus eternas búsquedas.

Y a Asunción, profesora de Ciencias -ahora, después de tanto tiempo, ya puedo decir que estaba enamorado de ella-, que me diese uno de los mejores consejos que me han dado en mi vida. Lástima que no lo siguiese, Asunción. Tenías toda la razón del mundo.

Podría seguir, pero debo parar aquí para no hacer esto interminable. Quiero contaros para finalizar una anécdota que me parece muy ilustrativa.

Hace unos 20 años, en una oficina entró a trabajar una chica muy joven. Allí, para su sorpresa, coincidió con un exprofesor suyo que desde ese momento sería nuevo compañero en la empresa. A los pocos días de entrar, tuvo lugar una comida de trabajo donde fue presentada al resto de la plantilla. En la comida, entre bromas y risas, este hecho de pasar de exalumna a compañera... produjo sorpresa en todos. Vaya, vaya con el cambio de papeles. Y su exprofesor, ante la perplejidad reinante, se sintió en la obligación de tomar la palabra y hasta de disculparse ante ella. Inició una especie de descargo de conciencia donde resumía lo mal profesor que había sido, su poca paciencia, su nula amabilidad y creatividad en el aula, y hasta algún castigo que se le había escapado de tarde en tarde... Cuando terminó, todos miraron expectantes a la chica. ¿Confirmaba?, ¿desmentía?, ¿realmente era tan mal profesor como se había descrito su ahora nuevo compañero de trabajo? Pero la chica parecía estar más preocupada por su plato de espaguetis que por lo que había oído. Ya se sabe, el eterno problema de que los espaguetis no se enrollen bien al tenedor. Y cuando por fin habló ante aquel silencio expectante de todos, solo dijo esto: “¿Que si era mal profesor? Qué va..., en absoluto. No tiene ni idea de lo que está hablando... Era un tío cojonudo” Y no añadió nada más.

Y luego, la conversación continuó por otros derroteros. Estoy seguro que a la totalidad de los hoy aquí reunidos podría en comparación ocurrirnos lo mismo. Iríais por la calle, os encontraríais a un exalumno, os disculparíais ante él por todo lo que podíais haber hecho y no hicisteis... Y él o ella resumiría al final de igual o parecida manera: “Cállese, que no tiene ni idea de lo que está diciendo, yo tengo un gran recuerdo de usted”.

Resumo. Con todo lo anterior, en el día que celebra nuestra profesión, sólo quería remarcar esto: debemos valorarnos más. Para decirlo de otra manera: Tal vez tendríamos que aprender a aplaudirnos aunque solo fuera de vez en cuando.

Por supuesto, sin crítica y autocrítica ninguna profesión es posible. Todo es manifiestamente mejorable, qué duda cabe. Pero nunca olvidéis esto: la cantidad de cosas que a diario hacemos bien y mejor. La inmensa mayoría de nosotros desarrolla con amor y con valor una dura profesión que sobre todo cree en la posibilidad de un futuro mejor. Así de sencillo.